

«Saber que las palabras son artefactos convenidos que tienen poder y que nos dan poder en tanto son transformables es el primer paso para cambiar las cosas»

Remedios Zafra (Córdoba, 1973) escribe y enseña sobre arte, ciencia y tecnología. Es profesora de Arte, Innovación y Cultura Digital en la Universidad de Sevilla y de Políticas de la Mirada en la Universidad Carlos III de Madrid. Atraviesan sus escritos la Teoría Crítica de la Cultura y la Teoría de Género. Acaba de editar el ensayo *(h)adas: Mujeres que crean, programan, prosumen, teclean* (Páginas de espuma, 2013).

Elisa G. McCausland

Pregunta: Hablas en *(h)adas: Mujeres que crean, programan, prosumen, teclean* del poder de la palabra; de la palabra como símbolo. Ejemplificas este apunte certero con una anécdota semántica, donde queda patente cómo un cambio de denominación aparentemente inocuo -*licenciatura informática por ingeniería informática*- resta mucho más que espacio simbólico a toda una parte de la población. ¿Cómo puede empuñarse la palabra para que esto no ocurra? ¿Cómo se agrieta el marco de la realidad consensuada?

Respuesta: Las palabras como símbolos son convenidas y compartidas por un grupo social, están vivas y pueden modificarse, tienen un componente performativo —es decir necesitan repetirse para asentar su significado— y claramente hablan de una forma de ver el mundo que delimita algo que queremos que sea nombrado, que es nombrado y que, por tanto, existe como lenguaje, frente a otras realidades o experiencias que no tienen palabras. Aquí, claramente hay una cuestión de poder que recuerda aquella sugerencia de Lewis Carroll donde apuntaba algo así como: «la cuestión no es si una palabra significa una u otra cosa sino si tú tienes poder para que una palabra signifique una u otra cosa».

Hemos investido al pasado y a la tradición como el mayor vehículo de poder para significar a las palabras, sin darnos cuenta de que el pasado y la tradición tienden a conservar y hablan de un mundo muy sesgado y desigualitario, un mundo que ha ido asentando un imaginario excluyente, sobre todo para las profesiones tradicionalmente desarrolladas por hombres y especialmente las que han ido acompañadas de prestigio. El prestigio en el trabajo ha sido una cuestión hasta hace poco masculina. Pero me preguntas, ¿cómo puede empuñarse la palabra para

que ese espacio simbólico no sea excluyente? Y me parece que habría maneras diversas de agrietar este marco, aunque sugiero dos primeras:

Una, transformando el significado al que alude esa palabra como significante, es decir transformando el imaginario al que aluden esas palabras, situando modelos de referencia diversos que despierten en las personas la posibilidad de vislumbrarlos como alternativas. Es por tanto, cuestión de infiltración y transformación de imaginarios de modelos a (poder) ser en la vida. Y esto es posible cambiando la secuencia de repetición de reitera machaconamente que en función de tu cuerpo, tu herencia familiar o tu lugar de procedencia debes ser de determinada manera... No, no son inocentes estos modelos cuando advertimos que se repiten y que los interiorizamos como un prejuicio, o como una sentencia.

Dos, ideando nuevas palabras, perdiendo el miedo a las nuevas palabras. Parece claro que contextos cargados de tradición y prestigio no sienten la necesidad de cambiar porque están bien como están y porque temen que un cambio implique una pérdida de valor de su actividad que se salvaguarda en el *peso de la tradición*. Creo que esto es un prejuicio que debemos contribuir a desmontar. Claro que no es fácil, pues toda nueva palabra, como entidad artificial, requiere compartir ese escenario no nombrado al que nos referimos, implicar desde la percepción de una realidad que ha sido excluyente y que sabemos cambiante, y requiere de una capacidad de contagio y de creación de valor para lograr asentarse, es decir, es una tarea colectiva.

Saber que las palabras son artefactos convenidos que tienen poder y que nos dan poder en tanto son



transformables y nos permiten construir el mundo social en que vivimos es el primer paso para cambiar cosas que nos parecen injustas o mejorables. Agrietar este marco supone intervenir no solo en las palabras sino en los imaginarios que nos inspiran, transformarlos para liberar la imaginación de los prejuicios.

P: «Las Adas son personas que prefieren programar sus vidas y sus máquinas antes de ser programadas para ellas». Para ello propones un itinerario: *programar, prosumir, teclear*. ¿No haría falta una desprogramación previa en muchos casos? ¿Qué papel juega la educación en la con(s)ciencia, en el despertar?

R: Realmente todo el libro está marcado por esta idea de *desprogramar*. Creo que es una constante que atraviesa los distintos capítulos como una pulsión personal que me ha movilizad especialmente en la escritura de *(h)adas*. Me refiero a advertir que no es lo que sabemos o lo que ignoramos lo que nos va orientando en nuestras aficiones y decisiones profesionales en la vida, sino los prejuicios e ideas preconcebidas que tenemos sobre el mundo y sobre nosotros mismos. Esta sensación de *saber* asentada socialmente se derrumba cuando descubrimos que es un saber demasiado condicionado que limita a muchas personas a la hora de *soñar con ser*. Claro que entonces todo acercamiento a tareas como *programar, prosumir o teclear* pasa por una tarea básica: desprogramar, y también desaprender, tomar distancia crítica que permita vernos desde afuera, salirnos de la fila de la deriva social para decidir, tal vez volver a entrar, o quizá tomar otro camino.

Programar nuestras vidas antes que ser programados para ellas es una consigna difícil para todas las personas, como todo ejercicio de conciencia, pero programar nuestras máquinas es todavía más difícil para las mujeres por una tradición particularmente masculinizada que, secuenciada desde que somos niños, está llena de sentencias que perpetúan un modelo desigual. Y es cierto que esto le pasa a otras muchas tareas y profesiones, pero no todas tienen la potencia de construcción de futuro que hoy tienen las profesiones de ideación y liderazgo del mundo digital, allí donde estas tareas —programar, prosumir, teclear, junto a otras— mantienen el espejismo de un mundo igualitario que ni mucho menos acontece ni está garantizado.

Y, sí, por supuesto, la educación, es una palabra crucial, especialmente la educación pública, hoy más que nunca que está siendo vapuleada por los poderes económicos —que fagocitan desde hace tiempo el que considerábamos poder político—. Y lo sería entre otras razones por:

La importancia de la educación pública para favorecer la autonomía y el pensamiento crítico de las personas frente a un sistema cada vez más controlado por el capital, injusto, clasista y desigualitario, no solo en relación a la igualdad

de género sino a la justicia social como motor humano en todos los sentidos.

La tendencia a neutralizar a la educación humillada y desmoralizada por la pésima gestión de la crisis y paralizada por su extrema burocratización y, especialmente, por una articulación basada en el *no hay tiempo para pensar*, primando el hacer, cumplir agendas, terminar libros, programas, en base a la primacía de contenidos y competencias que convierten a los estudiantes en máquinas que aprenden irreflexivamente y que menosprecian esta formación, en lugar de crear las condiciones, dotar de los mecanismos para que puedan *pensar por sí mismos* y desarrollar sus capacidades como personas y ciudadanos comprometidos con su conciencia y con la colectividad.

Pero hay algo además muy singular de la época, y es que nunca antes habíamos tenido la posibilidad de acceder al conocimiento como hoy —otra forma de educación—. La autoformación es hoy posible con Internet, cuestionando los clásicos lugares e instituciones legitimados para la formación, *obligándoles* a una transformación allí donde su papel sigue siendo importante, en la orientación sobre cómo gestionar crítica y creativamente la vida, el uno mismo, en contextos cada vez más mediados por pantallas. Cuestiones como formación *amateur*, afición, tiempo propio, gestión del conocimiento en un mundo saturado, gestión del yo en la multitud conectada lanzan desafíos urgentes al papel de la educación en la contemporaneidad. A ellos apuntan algunos capítulos de *(h)adas*.

El despertar al que te refieres, pienso que es ante todo toma de conciencia que pasa por (des)aprender mundos m parada reflexiva y acción, descubrimiento y posicionamiento. Me parece que la educación tiene sentido urgente en este marco, tiene responsabilidad en este marco. Pero no hablo de una educación que programe para el sistema, sino de una educación que programe para pensar e intervenir en el sistema.

P: *Domesticación y creación*. ¿Cómo oscilan las Adas entre estos dos extremos? ¿Qué oportunidades existen en los márgenes, desde las periferias? ¿La solución pasa por *centralizar lo que ocurre fuera del marco*?

R: La idea es sencilla, *domesticar* implica repetir un sistema y resignarnos en él. Es lo que habitualmente han hecho los subordinados, creyendo además que ese era su lugar. *Emancipar*, concepto que aparece conversando con *domesticar* durante todo el libro, implica liberarse de esa subordinación. Para mí, la creación es una forma de emancipación, pues la creación conlleva conocer un mundo que de alguna manera repites y copias, pero transformarlo en algo, intervenirlo, posicionarte como agente activo. Y creo que en los grises que se dibujan entre estos dos polos de la domesticación y la emancipación, o la repetición y

la creación, oscilan las Adas, las mujeres que manejan, instrumentalizan y crean tecnología habiendo observado lo que la vida preparaba para ellas y derivando hacia lo que ellas quieren hacer. Y me refiero no a lo que la vida les preparaba diciendo «tú no puedes» o «tú sí puedes»; el poder no siempre es tan explícito y normalmente *atraviesa sutilmente las cosas*, las decisiones, las miradas y la cotidianidad repitiendo gestos que generan expectativas.

¿Qué pasa entonces cuándo advertimos que estábamos fuera del marco de las profesiones de prestigio o las profesiones de liderazgo y poder, es decir que estábamos fuera de la centralidad de la imagen que tradicionalmente ha trascendido en la historia? La sensación puede ser victimismo, pero nada más lejos. Las Adas quieren transformarlo en ironía y creatividad, y en este libro reivindican el poder de otras estrategias de la periferia, del estar fuera del marco, de la horizontalidad, de la nota a pie de página frente al cuerpo de texto... No parece descabellado pensar que si sistemas de poder como los que hemos tenido generan un mundo desigualitario e injusto, no podamos experimentar con otras formas de hacer. En este sentido, *(h)adas* propone un doble juego en el último capítulo, más propositivo que el resto, experimentar con estrategias de toma conciencia y posicionamiento simbólico inspiradas en el arte político; y experimentar con la creatividad y el pensamiento crítico como formas de transformar el mundo, en primer lugar advirtiendo que lo que enfoca la mirada, la cámara, la imagen es tendencioso, que el mundo no es solo esa centralidad que vemos, lo que hay al fondo de la imagen, lo que hay detrás de la imagen, quién está detrás de la imagen, evidencian una exclusión que es también un poder, el poder de lo descentralizado, de la horizontalidad, no como caos, sino potencialmente horizontalidad crítica, comprometida y creadora.

P: Otras formas de hacer, de vivir, horizontales y colaborativas, pero con riesgos. ¿Están identificados los puntos débiles del *prosumer*?

R: *(h)adas* quiere identificar algunos de los puntos débiles del *prosumo* o, mejor dicho, de las formas en las que estamos socializando y significando el *prosumo* en la cultura digital y en el capitalismo contemporáneo. Como concepto a mí me interesa esta confluencia de la producción y el consumo en una práctica-palabra, creo que apunta a cambios en las formas de intervenir en el mundo que hablan de la obsolescencia de diferenciaciones de producción, consumo y distribución que ya no nos sirven igual. Cambios que no son nuevos y que han sido ya utilizados por el capitalismo desde estrategias de customización de productos, de producción parcial por

parte de los usuarios para abaratar costes, y que de igual manera ha sido apropiados por sectores más críticos que reivindicaban en el *prosumo* el empoderamiento de la colectividad a través del «hazlo tú mismo», o de la implicación en la apropiación e intervención simbólica del conocimiento en la red como nueva forma de hacer y estar colectivamente, de participar en un trabajo común desde un formar parte aparentemente horizontal. Quiero decir que podemos encontrar lecturas de distinto tipo en esta práctica y figura, pero de todas ellas se derivan riesgos relacionados con la gestión del tiempo, la desigualdad, tendencias que se viven como falta de opción —«hay que estar»—... y son esos algunos de esos riesgos los que he querido sugerir en el libro. De hecho, en *(h)adas* me ha interesado especialmente hacer conversar estas lecturas con una forma de *prosumo* más clásica y a menudo olvidada por periférica, además particularmente feminizada; me refiero a las tareas domésticas como forma de *prosumo*. Tareas consideradas por el sistema como *consumo* (del hogar) pero que implican producción de bienes (comidas) y servicios (cuidados de personas) no remunerados en el marco, invisible, del hogar y, más allá, la dedicación del tiempo de una persona para que los que habitaban en la casa tengan *tiempo propio*. Me interesaba abrir interrogantes sobre la vinculación del trabajo doméstico, tradicionalmente no considerado empleo, con el trabajo afectivo (pago con amor) y su marginación fuera del sector económico de producción y remuneración. Creo que poner en relación estas distintas formas de *prosumo* nos permite extrapolar dificultades y vislumbrar que la potencia revolucionaria del *prosumo* no puede hacernos olvidar que si el *prosumo* es instrumentalizado para que unos trabajen gratis mientras otros rentabilizan las ganancias o el tiempo libre, no estamos sino perpetuando formas de desigualdad.

